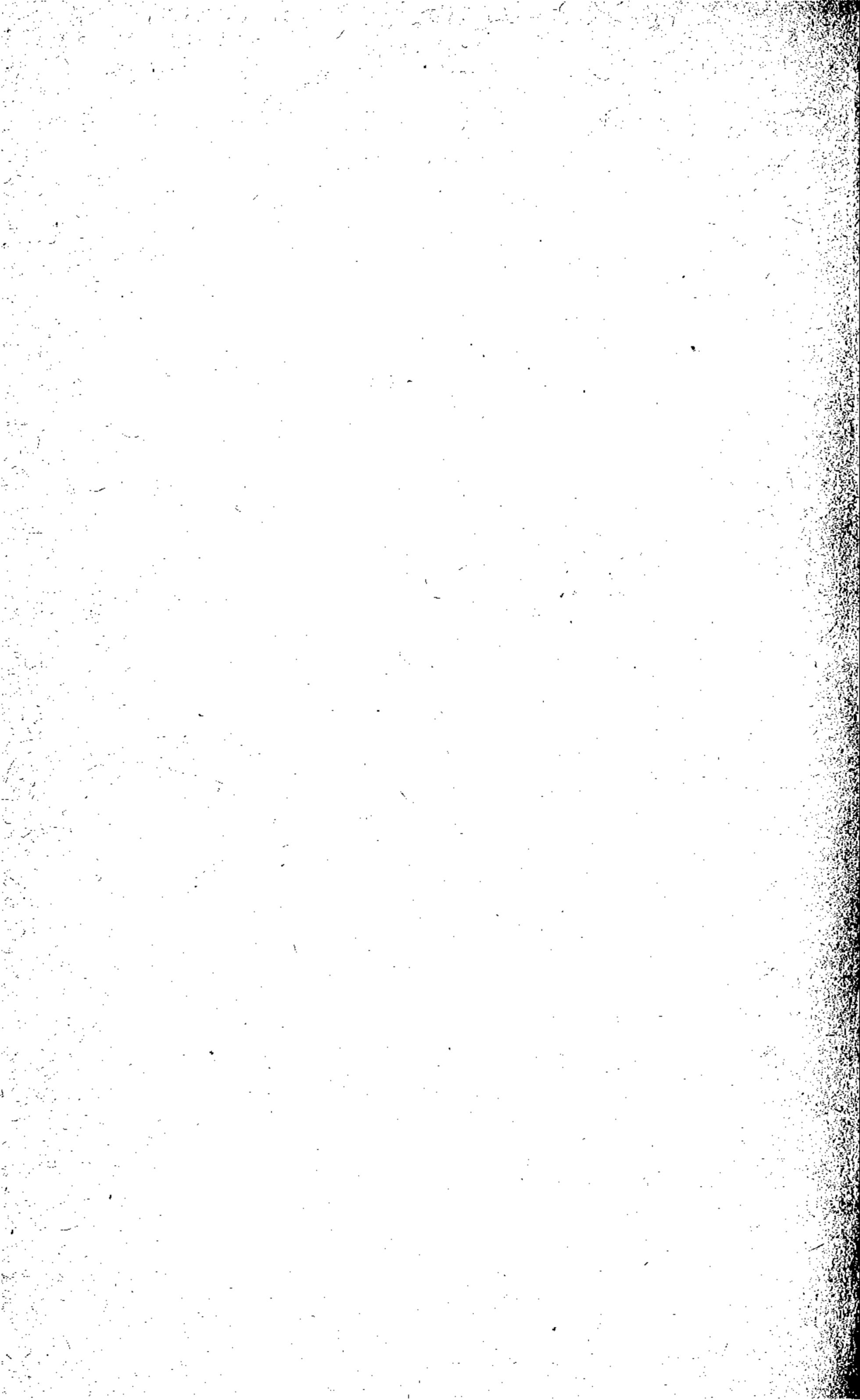


LADY VIRGINIA





LADY VIRGINIA*

I

EN una de las calles de Londres de las que desembocan en Piccadilly, ante una de las casas que, sencillas en su exterior y ricas en su interior, cobijan á la nobleza inglesa, paróse al cerrar la noche una pequeña berlina, de la que se apeó un caballero anciano, que con aire grave y preocupado subió las alfombradas escaleras, siendo saludado por los numerosos lacayos que encontraba á su paso, con ese respeto que allí engendra la buena enseñanza y constituye la finura de los sirvientes.

Á este respeto se añadía en ellos una mar-

* Lady es un título que llevan las mujeres de los lores ingleses, con su apellido ó título si lo tienen, y que gastan todas las hijas de títulos antes de su nombre de pila, aun en el caso de que se casen con particulares que no le tengan.

cada expresión de benevolencia, la que indicaba que la persona que subía era íntima en aquella casa y bien vista de todos sus moradores. El último lacayo que encontró le precedió á la antesala, abrió la puerta del salón, anunció al que llegaba, se apartó respetuosamente para dejarle pasar, y volvió á cerrar.

La sala en que entró el anunciado, aunque bastante espaciosa, no lo parecía, merced á la multitud de muebles y objetos de lujo que en ella se aglomeraban en estudiado desorden. Mesas redondas cubiertas de ricos tapetes que colgaban casi hasta el suelo, y sobre las que se ostentaba profusión de libros soberbiamente encuadernados; juguetes y objetos raros de incalculable valor; un *bureau* de laca del Japón, en que se hallaba un magnífico tintero de cristal y oro, coronado de un sello de las mismas materias, que por emblema tenía grabado un corazón traspasado por un puñal; jardineras llenas de las flores más bellas; un magnífico piano y un arpa; butacas, otomanas, todo este caos de espléndida riqueza deslumbraba la vista, que la costumbre de verlo en otras muchas casas no había familiarizado con él.

Las paredes se hallaban cubiertas por una colgadura, formada alternativamente de paños de raso celeste y blanco, sujetos en su parte superior por argollas doradas á una vara, dorada también, que rodeaba la habitación, y estaban

guarnecidos en su parte inferior por un fleco de pasamanería de anchos caireles, de los mismos colores del raso, parecidos á los que forman las charreteras de los militares. Las cortinas hermanaban con la colgadura; caían sobre puertas de hechura gótica y de brillantes cristales como los de los espejos, y éstas comunicaban á un largo balcón que daba á un jardín, cuya vista era interceptada por preciosos transparentes.

Atinado era, por cierto, impedir la vista de aquel jardín en la estación que se estaba. Los árboles, despojados de sus hojas y ennegrecidos por la humedad, hallábanse cubiertos en la parte superior de sus ramas por la nieve, mientras la inferior permanecía descubierta, de manera que aparecían cual negros esqueletos desgarrando sus blancas mortajas. El césped yacía bajo la nieve, que cual losa sepulcral le cubría. La atmósfera la componía una densa niebla que se extendía y alzaba en la altura, interceptando la vista del cielo.

En el testero del salón, en una chimenea de esculpido mármol y hornillo ó *grate* dorado, ardía una brillante hoguera de carbón de piedra. En uno de los mullidos sillones que á su lado se hallaban, estaba sentada la dueña de aquella espléndida morada. Su edad, que podía ser de cuarenta y cinco años, era al parecer muy disminuída por una admirable naturale-

za, unida á una extraordinaria hermosura, efecto á que contribuía la influencia de aquel clima, y el esmero y elegancia en el vestir, que, sin que á veces tengan parte alguna en ello, ni el deseo inmoderado de agradar, esto es, la coquetería, establece en aquellas esferas la costumbre, y hacen necesaria las exigencias del gran mundo á aquellos que por gusto ó por precisión alternan en él.

Vestía esta señora un traje de terciopelo de color de granate subido, y cubría sus brazos una profusión de encajes de Flandes que partían de su manga corta. Una berta de estos mismos encajes adornaba su escote, y sobre su garganta quedaba confundido el blanco de aquéllos con el de su albo cutis. Parte de su magnífico cabello rubio, dividido sobre su frente, se unía formando torcido sobre sus orejas al de detrás, que hecho un rodete hallábase cubierto por una red de granates, cuyas borlas caían sobre su nevado cuello. Entre las ricas pulseras que adornaban sus brazos, se ocultaba una más sencilla que las demás, formada de una cadena de oro, cuyos extremos se unían por un corazón de rubíes atravesado por un puñal de brillantes; de manera que á haber sido esto en España, que ostenta los emblemas de su fe y de su devoción, hubiérase podido atribuir este repetido símbolo, que lo es de la Virgen del Mayor Dolor, al escudo con que,

en muestra de amor y adhesión, se condecoran sus amantes devotos.

Mas no era ésta la causa que movía á usarlo á aquella decidida anglicana, que sin conocer la verdadera religión, y sólo por imitación, rutina, orgullo de raza, y rencor á los pobres irlandeses, ó por demostrar superioridad, según ella lo entendía, era de las señoras más ostensiblemente afiliadas en el partido anticatólico.

Nunca se ostentó la altivez más erguida, á la par que más noblemente, que en aquella mujer, sobre la cual con pródiga mano había derramado la suerte sus dones. Después de haber recibido de ella una ideal belleza, nacida en cuna de plata y desposada en tálamo de oro, había unido esta señora á su corona de marquesa otras de más valor, por la cultura de su superior talento y por la dignidad de su reconocida virtud. Lady Virginia no tenía hijos; pero no se sabía si consideraba esto como una desgracia, porque jamás, ni remotamente, tocaba este asunto. Decíase, empero, entre sus *amigas*, que la frialdad de aquella hermosa estatua de alabastro, no sólo la había libertado de toda pasión, sino también de todo afecto; por lo que no notaba la falta de los goces que éstos ofrecen al corazón, y que, caso de experimentar algún sentimiento, no lo ocasionaría el echar de menos los goces del cariño de ma-

dre, sino el verse privada de un heredero directo de la noble y poderosa casa de Arnim.

— Buenas noches, doctor — dijo la hermosa señora al recién entrado alargándole su blanca mano; — me olvida usted sin piedad y sin remordimiento.

— Lo que prueba que vuestra salud es la más inalterable de las cosas buenas — contestó el doctor, que no obstante pulsó con evidente atención la mano que aquélla le había presentado.

— ¿Cuándo ha necesitado Hebe á Esculapio? — dijo el joven sir Harry Saint-Albert.

— Á las señoras agrada ser compadecidas — intervino el general Holms; — la compasión es un mimo.

— Por fortuna — repuso sir Harry, — lady Virginia no tiene otro motivo por que ser compadecida que el de no tener ninguno.

— ¿Y le parece á usted poco — contestó la señora — el haber visto rechazada en la Cámara de los Lores la moción de mi marido en contra de los católicos? La indiferencia por todo interés *moral*, que entre nosotros origina la preponderancia de los intereses materiales, acabará por vulgarizar y rebajar á nuestra noble y culta Inglaterra al nivel del cotarro americano.

— Señora, el soberano que reina hoy día con todo despotismo es John Bull; sólo sus corte-

sanos obtienen popularidad—repuso el general Holms.

—Supongo — preguntó sir Harry — que irá usted esta noche en casa de la Duquesa de Wansbeck, lady Virginia?

—¡Oh! Ciertamente—contestó ésta;—declarará la Rachel y tocará Listz: no faltaré.

—Soy de opinión que no vaya—dijo en tono moderado el doctor.

Lady Virginia fijó en el que había hablado una rápida é investigadora mirada; pero sus labios pronunciaron sonriendo y en tono placentero:

—Es usted crúel, doctor.

Los concurrentes asaltaron al facultativo con reconvenciones, y trataron de que revocase su fallo; pero él se mantuvo en su opinión.

—Desde las carreras de Highmarket—dijo—contrajo lady Virginia un constipado que no ha querido cuidar, y que se ha convertido en una pertinaz irritación de la sangre, que hará quizás necesaria una evacuación.

—En cuanto á no salir esta noche—repuso lady Virginia — complaceré á usted, doctor; en cuanto á tocarme á la sangre, no; y si sospecho que usted se inclina al sistema de Broussais, perderemos las amistades. Conténtese con el sacrificio que hago en no ir á casa de la Duquesa. Como buen católico, es usted inclinado á él, y le encuentra quizás dulzuras ascéticas

que no están al alcance de mi comprensión ni en la esfera de mi sentir.

—Si hubiese usted tenido hijos — repuso suspirando el general Holms — comprendería el ansia y la dulzura que inspira el sacrificio.

Una palidez mortal se extendió sobre el rostro de lady Virginia, que no pudo ser notada porque en aquel instante entró el Marqués acompañado de otros amigos, y poco después se hallaban todos reunidos alrededor de una mesa cuya esplendidez sobrepujaba á cuanto puede la imaginación crear y reunir en sus más exageradas pinturas. El brillante alumbrado, todo lo hacía resplandecer, el oro, la plata, el cristal, como lo hace la alegría en el corazón de que se posesiona. Los criados, con sus ricas libreas, su calzón corto y su media de seda, cuidaban atentos de prevenir los deseos, puesto que aquella mansión parecía destinada á satisfacerlos todos.

El gasto que originaba aquel banquete, tanto en las primeras materias, como en las que el arte y la industria habían proporcionado para él, hubiese podido dar de comer por algunos días á los pobres de Londres. «¡Anatema sobre el lujo! ¡Anatema sobre sus secuaces!» Tal será quizás el grito que en su indignación humanitaria lance algún filántropo superficial.

¡Bendito el lujo — decimos nosotros, — tributo obligatorio del rico á las manos é inteli-

gencias que lo confeccionan; bella fuente que estimula al genio, que sostiene la industria y que mantiene á miles de obreros! Si cesase el lujo, si faltasen los capitales que en él se invierten, ¿qué sería de vosotros, miopes que lo censuráis, siendo vuestra Providencia? Anatematícese, ridiculícese en buen hora la loca vanidad, que quiere igualar al que no tiene con el poderoso, y que menospreciando la honrada y tranquila medianía, pretende subir en zancos de este vicio dañino á esfera distinta de la que en suerte le cupo; pero no se confunda este punible y despreciable afán con la necesaria y equitativa esplendidez del poderoso, que por este medio hace circular sus magnas rentas, en lugar de atesorarlas.

Otros llamarán á los que alrededor de aquella mesa disfrutaban de sus delicias, *los felices de la tierra*. Confesamos que se subleva nuestro corazón y que se indigna nuestra razón cuando oímos asociar, según en el día se hace, y como si fuera la cosa más positiva y más natural, la felicidad y la riqueza. No es, por cierto, una razón moral ni religiosa, la que nos mueve á escandalizarnos de tan falsa y disparatada amalgama; es sólo el sentido común, ante el cual tan palpable se halla la falsedad de esta necia y vulgar opinión, que no nos detendremos en demostrarla; tanto más, cuanto que se desprenderá de los hechos que vamos á re-

ferir en este sencillo relato. Así, pues, descorramos un tanto la cortina de ficticia alegría que anima á la encofetada reunión de aquellos á quienes la envidia de unos por hacerles odiosos, ó la buena fe de otros por cortedad de alcances, llama magistralmente *los felices*.

El dueño de la casa, lord Arnim, sofocaba en demostraciones del humor más festivo y obsequioso hacia sus huéspedes la escocedora y profunda herida que acababa de recibir su colosal amor propio, no sólo viendo rechazada su moción, sino al considerar la manera inconveniente con que lo había sido, habiéndolo hecho el grosero sarcasmo *whig*, objeto de las risas del Parlamento, á él, el más caballero y entonado de los *torys*.

Entre las alegres chanzas sarcásticas y delicadas burlas que sir Harry Saint-Albert vertía, como las nubes sus suaves y helados copos de nieve, no se vislumbraba que aquel otro *feliz* tenía una aneurisma en el corazón, y que cada latido que en él sentía le gritaba al oído el terrible *de morir habemos* que aun á los anacoretas impone.

Otro joven, sentado á su lado, reía alegre y más animado que los demás, y nadie al verlo hubiese sospechado que en la noche anterior había perdido al juego dos millones de reales que le había anticipado un usurero judío, y que este golpe completaba su ruina.

El general Holms distraía su mente, con la narración de divertidas anécdotas, del recuerdo de su hijo primogénito, heredero de su antigua y noble casa, el que, después de disipar enormes sumas que su padre había pagado, imponiéndose para ello los mayores sacrificios, había casado con una bailarina, á quien seguía en una vida aventurera de teatro en teatro, vergonzosamente, mantenido por las piruetas de su ligera consorte.

El que hubiese podido percibir lo invisible no hubiera visto en esta reunión de *felices de la tierra* sino una sola frente serena, un solo corazón contento, y los hubiese hallado en el doctor, que era cabalmente el único que no pertenecía á aquellos á quienes se da esta denominación. Aquella mañana había practicado con grande acierto la operación de las cataratas, en que era consumado maestro, á una pobre madre de familia, que por causa de ellas se hallaba en la mayor miseria, y no sólo había devuelto la vista á esta desgraciada sin recibir estipendio alguno, sino que había dejado á aquella desvalida familia un copioso socorro, tal como acostumbraba á hacerlo aquel excelente hombre, que en semejantes obras invertía sus pingües ganancias.

Sucedía, pues, que de cuándo en cuándo resonaban en el eco de su conciencia las bendiciones de aquellos á quienes socorría, como

para alegrarla, satisfacerla y santificarla, produciendo en torno de su frente una aureola de tranquilo é íntimo contento, que Dios veía y los hombres presentían.

Lady Virginia, como mujer, era impene- trable.

Cuando, concluída la comida, los convidados á la reunión de la Duquesa se prepararon á marchar, preguntó sir Harry á la Marquesa:

—¿Conque decididamente no viene usted, señora?

—No me quiero declarar en completa rebelión contra el doctor — contestó la Marquesa. — Determino renunciar á Listz y á la Rachel, si por su parte renuncia el doctor á sus sanguinarios proyectos.

Todos prorrumpieron en exclamaciones de sentimiento, y se dirigieron al Marqués para que interpusiese su influencia.

—Es inútil, señores — repuso éste; — donde han sido vencidos Rachel y Listz, no vencere- mos nosotros. Además, con mi mujer, así como con mis amigos, he seguido la regla de no imponerles mi parecer, porque creo que el mejor modo de complacerlos es el de no contrarrestar sus deseos ni su propia inspiración. Buenas noches, querida Virginia — añadió, poniéndose en pie; — doctor, compense usted á la Marquesa lo acerbo de sus prescripciones con lo ameno de su sociedad.

II

Apenas hubieron cerrado la puerta los que salían, cuando se operó un cambio tan repentino como completo en el semblante de la Marquesa. La sonrisa desapareció de sus bellos labios y de sus serenos ojos, como desaparece de las flores la luz del sol cuando cubre el cielo una negra nube. Algunos segundos se mantuvo silenciosa, hasta que el ruido de las pisadas y de la conversación de los que se ausentaban se extinguió completamente. Entonces, con ahogada y azorada voz, preguntó:

—Y bien, doctor, ¿tiene usted noticias?

—Alguna, aunque vaga.

—¿Cómo la ha adquirido? ¡Prestol! ¡Hable usted! ¿Tiene usted carta?

—No. Pero habiendo llegado de Lisboa un compañero mío, que ha permanecido en aquella capital mucho tiempo, me apresuré á ir á verle, por si algo podía inquirir. Así fué que, después de las primeras palabras de bienvenida, le pregunté si había visto á los pasajeros que iban en el último vapor llegado allí. Me contestó que sí, porque comían todos en la mesa redonda de la posada inglesa. Seguí preguntándole si había visto entre ellos á un jo-

ven cuyas señas exactas le dí. Me contestó que, efectivamente, un joven de esas señas venía entre ellos, que se hacía notar por lo taciturno y altivo de su carácter. Teníale por vecino en la mesa, lo que le había permitido observar lo extraño en una sortija que llevaba al dedo, y que formaba un corazón de rubíes, atravesado por un puñal de brillantes.

— ¡Él era! — exclamó con anhelante respiración lady Virginia.

— ¡Qué imprudencia la de usted, señora! — prosiguió el doctor. — ¡Haberle dado esa sortija!

— ¡Es el emblema de mi vida y de mi amor!

— ¡Por lo mismo! — dijo con pena el doctor, que prosiguió en estos términos: — Preguntéle si permanecía aquel pasajero en Lisboa, á lo que me contestó que creía que no, toda vez que después de la salida del vapor no había vuelto á verle.

— ¿Pues dónde podrá haber ido? — exclamó agitada la Marquesa. — ¿Á Cádiz?

— ¿Cómo quiere usted que se sepa, cuando después de tocar en Cádiz, prosigue el vapor su viaje, haciéndolo en otros muchos puntos?

— Doctor, mándeme usted los aires del Mediodía — exclamó la Marquesa; — mándeme ir á Cádiz..... Partamos.

— ¡Lady Virginia! ¡Lady Virginia! ¿Qué dice usted? — repuso alarmado el doctor. —

¡Cómo! ¿Va usted á destruir en un momento el fruto de toda una vida de abnegación, de vencimiento y de disimulo?

—Sí, porque mis fuerzas se han agotado; ¡sí, porque jamás me vi, ni pensar pude que llegaría á verme en el terrible trance en que me encuentro de tener que temblar por la vida de mi hijo!

—¡Es usted también esposa, señora! ¡Y tiemble ante la idea de destruir la felicidad de un hombre como lord Arnim!

—¿Y cree usted que la cifra en ser un marido amado?

—Cifraría al menos su desgracia en haber sido toda su vida un marido engañado.

—¡Ay, infeliz de mí!..... ¡infeliz de mí!—exclamó cruzando convulsivamente sus manos la Marquesa.—¡Oh! ¡Nunca! ¡No, nunca fué una debilidad más cruel é injustamente castigada!

—¡Una debilidad!—murmuró con acento de suave, pero severa reprensión, el doctor.

—¿Y qué otra cosa tengo que echarme en cara? Y si culpa hubiese, ¿no creéis que el Marqués tenga su parte en ella?

—Lady Virginia—repuso el doctor,—perdone usted la honrada franqueza de su mejor y más antiguo amigo; faltas hay que nada disculpa. Además, el Marqués ha sido siempre irrepreensible en su conducta; su felicidad y su honor deben seros sobre todo caros.

— ¡Ficticios ambos!—dijo con acerba ironía la Marquesa.

—Que cuando llegue á saberlo sea en aquella esfera en que las culpas lavadas con lágrimas no dejan rastro. En la mezquina esfera en que vivimos, no puede, no debe saber nada; y repito que su felicidad y su honor deben ser á usted sobre todo caros.

—¿Más que un hijo? ¡Pide usted lo imposible, doctor!

—Un hijo que no puede usted reconocer.

—Es que lo haré.

—¡Cálmese usted, señora! Está usted demasiado exaltada para poder discurrir con acierto. Un escándalo nada remediaría, y sólo sería un precipicio en el que, si usted cayese, no caería sola.

—¡Ah, doctor!—exclamó en el más profundo abatimiento lady Virginia.— ¡Cuando recapitulo mi vida, esta existencia mísera encerrada en una red de oro, al parecer fría, tranquila y feliz, pero que en realidad resume los tormentos del Orco..... los de Tántalo, viendo á ese hijo que tanto amo, sin poder gozar de su cariño; los de Sísifo, volviendo cada día á emprender mi tarea de fingimiento y de mentira; los de Prometeo, sintiendo devoradas de continuo mis entrañas por el dolor de lo pasado y por las angustias de lo porvenir!..... ¡Cuando considero esto, íntimamente persua-

dida de que no soy acreedora á tanto padecer, me tengo por una criatura maldita, en la que un injusto destino ceba su saña cruel, y esto me indigna é irrita hasta la desesperación!

—Si fuese usted católica, lady Virginia—dijo el Doctor,—doblaría usted la cerviz, diría usted ¡PEQUÉ, SEÑOR!!....., y el Señor la consolaría.

—¿No piensa usted, doctor — repuso con amargura la Marquesa,—que un poco de compasión sería un bálsamo eficaz para tan destrozado corazón?

—Yo la compadecería más, señora, si usted se compadeciese menos; la creería menos culpable si usted misma se culpase más.

—¡Pues qué!, usted, que tan prácticamente conoce el mundo, ¿cree tan fácil resistir á las pasiones?

—No lo creo fácil, pero lo creo posible; y sobre todo, creo posible y fácil el no exponerse á sentirlas.

—¿Cómo?

—Evitando las ocasiones que las engendran y alimentan.

—No es eso á veces posible.

—Todo lo bueno y prudente es posible, lady Virginia. Jugamos con el fuego, á veces le echamos combustible, ¡y después nos quejamos de que nos queme y consume! Si quitásemos al fuego aire y alimento, en lugar de levantar llama, se apagaría. Pero muchas pre-

fieren ser heroínas á sencillas mujeres honradas, el oropel al oro, el brillo al peso, y este es el gran error del juicio femenino, el fatal cebo de su vanidad.

— Doctor—repuso la Marquesa,—si no estuviese tan persuadida de la bondad de su corazón, le creería cruel. Casada á los diez y ocho años con un hombre que amé, lo confieso (porque es un vulgar é infundado aserto, que no tomaré por disculpa, el pretender que no se ha amado antes de sentir una funesta é ilícita pasión); amé, pues, digo, á mi marido, que por todos conceptos merecía ser amado y preferido. Pero, á poco de casados, fuí abandonada por una rival más feliz, por la política, que absorbió á mi marido hasta el punto de no dejarle ver ya en mí su amante, la mitad de su ser, la ilusión de su vida, sino sólo el auxiliar de sus planes; no su compañera, sino su agente y asociada: la mujer quedó abandonada.

—¿Es eso disculpa?—dijo con dulzura y cariño el anciano amigo y confidente de la Marquesa.—¿Es acaso el amor conyugal de tal calidad que no pueda resistir sin la correspondencia? En ese caso, sería el último y menos constante de los amores; si así fuese, se rebajaría ese santo sentimiento al nivel del simple amor de atracción, de esa bella pero efímera pasión que nace sin reflexión, vive sin ternura y muere de hastío, y que ha merecido ser de-

finida: «un egoísmo de dos». La madre no sustituye otro amor al que siente por un hijo ingrato, bien lo sabe usted.

—Lo que dice usted, doctor—repuso la Marquesa con reprimida incomodidad,—será muy moral, elevado y perfecto; pero no estamos en ese terreno. El alejamiento de mi marido fué el que engendró el mío. La mujer, como la yedra, se apega al árbol á que está unida. Si éste no la retiene, se desprenderá, caerá al suelo sin fuerza y vegetará lánguida, ó se dejará arrastrar, por el impulso que le dió naturaleza, á enlazarse á la rama que otro árbol le presenta.

—Marquesa—repuso el doctor,—lo que usted dice es una comparación poética, pero no exacta. La yedra sigue los impulsos de la naturaleza, como observa usted; pero á la criatura humana no deben regirla *impulsos* nacidos del instinto, sino la voluntad, hija del alma.

—¡Ah, doctor!—exclamó con amargura la señora.—Si Dios y el mundo son tan inexorables conmigo como usted.....

—El mundo, que no tiene piedad, lo será más, Marquesa; pero Dios, el Dios de las misericordias, lo será menos, cuando en lugar de disculparse se culpe usted.

—Eso es lo que nunca haré — repuso con orgullo lady Virginia.—Dios ha puesto el hermoso sentimiento del amor en el corazón

de la criatura, no para que lo combata, sino para que lo goce.

—Dios ha puesto el sentimiento del amor en el corazón del hombre para formar los santos lazos de la familia, no para disolverlos: así como le ha dado el vino para salud y contento, no para que con él se embriague; los animales para que le sirvan y acompañen, no para que los desprecie y maltrate. El abuso de los dones de Dios es una espantosa fuente de incalculables males.

—Ello es que en nuestro mutuo alejamiento mi marido tomó la iniciativa — dijo la Marquesa.

—No disculpo al Marqués — repuso el doctor; — aunque su infidelidad fué inocente, porque no dejó de amar á usted, sino de demostrarle su amor.

—¿Y es poco? — exclamó lady Virginia.— El amor que no se demuestra es un capital que no da réditos, una esencia evaporada, un crédito nominal. Fué lord Arnim encargado de una misión importante en el Extranjero; quise acompañarle y se negó á ello, exigiendo de mí que me fuese al campo, á nuestra residencia feudal, y trabajase en su reelección con los *country-gentlemens* (nobleza de provincia), sin perdonar medio alguno para ganarme sus simpatías y captarme sus voluntades en favor de su elección, fuertemente disputada por el

partido whig. Me recomendó muy particularmente que estrechase relaciones con una familia poderosa y considerada en el país, cuyo hijo, que ejercía grande influencia, estaba á la cabeza de los que deseaban la elección de su contrario. Seguí las instrucciones de mi marido, con tanto más gusto, cuanto que las señoras de aquella familia eran lindas y amables, y desde luego sintieron por mí una amistad que rayaba en entusiasmo. Cuando llegó el hijo, que había estado ausente, se resintió con su familia, y en particular con sus hermanas, de que hubiesen favorecido, inclinando á ella á sus amigos y arrendadores, la elección de mi marido. Ellas se disculparon con que era imposible resistirme; rióse, y en su consecuencia se presentó á mí con la confianza y altivez de un invulnerable Aquiles. Con su llegada y oposición, la elección quedaba perdida, todo mi trabajo perdido, las esperanzas que había hecho concebir á lord Arnim perdidas. ¿Era, pues, de extrañar que pusiese en juego todos los medios posibles para captarme la voluntad de aquel formidable contrario? Sabe usted el resultado. ¡Desgraciada de mí!... Me prendí en mis propias redes.

—Era de temer.

—¿Y qué hacía?

—No jugar con fuego, esto es, evitar las ocasiones.

— ¡Es que mediaban intereses muy graves!

— Nada hay más grave que el deber.

— ¡Mi mayor desgracia fué haber dado con el hombre con quien dí! Nada le faltaba para hacerse amar y para subyugarlo todo: talento, belleza, la más exquisita cultura, y, por mi desgracia, uno de aquellos caracteres entusiasmados, exaltados y violentos que convierten en pasiones cuantos sentimientos experimentan, cuantas ideas conciben, cuantos intereses los mueven, como Midas en oro cuanto tocaba.

— Diga usted en hierro candente, lady Virginia; caracteres odiosos, fatales y reprobados, que en su gigantesco amor propio se creen antorchas cuando son blandones, volcanes cuando son máquinas infernales.

— Cuando empezaron aquellas relaciones tan peligrosas, pero en las cuales no llegué á traspasar todos mis deberes, estaba yo próxima á dar á luz á mi hijo: el regreso de lord Arnim se acercaba, y con su vuelta se hacía preciso el que yo verificase la mía á Londres. Exigí del hombre á quien amaba, y del que quería separarme para siempre, que no me siguiese á la corte; pero no fué posible conseguirlo. Me vi perdida; mi angustia crecía por momentos, y al fin, mis lágrimas y congojas pudieron conseguir de aquel hombre desesperado la palabra de no volverme á ver jamás; pero con la condición de que para compen-

sarle tan inaudito sacrificio, le entregase el hijo que iba á dar á luz, haciéndole pasar por muerto á los ojos de su padre y á los del mundo, y dejándole esa prenda de cariño; lazo que nos uniría cuando se rompan para siempre otros, y que llenaría su vida y su corazón, ya para siempre vacío, y panteón de un amor enterrado vivo, con el cariño al hijo de la mujer que adoraba. ¡En vano me resistí á tan insensata y no vista exigencia! Usted le ha conocido, doctor; ha sido su amigo, y sabe que resistirle era tan imposible como resistir al simoun. Lo espantoso de mi situación llegó á su colmo cuando, merced á mis continuas agitaciones, sentí anticiparse mi alumbramiento; usted fué llamado por él, y usted quien, después de auxiliarme, hizo desaparecer la criatura, sin que, en mi estado de debilidad y congoja, hallase yo fuerza ni decisión para autorizar este hecho extravagante y criminal, ni tampoco para protestar contra él.

— ¡No hubiese yo contribuído á él — dijo con pena el doctor — á no haberme Eduardo completamente engañado sobre el origen y las causas que le obligaban á obrar así!

La Marquesa prosiguió:

— En breve vi desvanecida la certeza que me había dado Eduardo de que, separado para siempre de mí y cortadas nuestras relaciones, quedaría para siempre oculto entre el ramaje

de nuestros solitarios parques todo lo pasado. Pero el vencido adversario de mi marido, indignado y resentido de su derrota, causada por la defección de Eduardo, la achacó públicamente á un amor cuya correspondencia había sido conseguida á ese precio. Eduardo le desafió.... ¡y fué muerto! ¿Qué hubiese sido de mi hijo y de mí si, por fortuna, no hubiese usted sido el encargado de buscar una nodriza que criase á aquél en su propia morada? Creo que yo hubiese perdido la razón, si la generosa amistad de usted no se hubiese espontáneamente encargado de darme aquella fatal nueva, y decirme el paradero de mi hijo, muerto para mí, muerto para su padre, muerto para su herencia y muerto para la sociedad, por la exigente, violenta y despótica pasión de un hombre que abusó de mi condescendencia, de mi imprevisión é inexperiencia, del ascendiente que sobre mí ejercía y del terror que supo inspirarme.

—Pero, lady Virginia — dijo el doctor en tono de súplica, — ¿á qué vuelve usted á traer á la memoria, y con ello á sentir de nuevo en todo su desconsuelo, dolores y faltas ya, por desgracia, sin remedio humano?

—El dolor — contestó la Marquesa — encerrado en el alma, cual un espíritu guardado herméticamente en un frasco, pierde algo de su intensidad cuando puede evaporar su esen-

cia en la atmósfera del desahogo. ¡Déjeme usted por Dios, único y fiel confidente de mis dolores, darles alivio con las quejas, descanso con las lágrimas, consuelo con el nunca desmentido interés de usted por la que lo siente! Mas..... ¿quién diría — añadió con los ojos extraviados y cruzando con fuerza las manos que apoyó en sus rodillas — que lo que acabo de referir no es sino el principio, el primer eslabón de una cadena de progresivos sufrimientos, en que el último, añadido á los anteriores, es mayor y más pesado? ¿No considera usted que son terribles y excepcionales mis desgracias?

—Son, señora, consecuencias legítimas de las causas de que dimanar.

—Destruyendo cada disculpa ó causa atenuante de mis faltas, hace usted, doctor — repuso la Marquesa, — lo que los habitantes de las costas del Norte de Escocia, quitando todo medio de seguridad ó dirección á los infelices buques que naufragan. No es usted mi amigo, no, no lo es.

—Quisiera ser cosa mejor que un amigo; quisiera ser su conciencia.

—¿Con qué fin?

—Porque la quisiera á usted arrepentida.

—¿Para más enloquecerme?

—No; para tranquilizarla; para que gozase usted del sumo bien que el arrepentimiento procura.

—¿Cuál es?

—La conformidad, la mansedumbre, la calma que halla en el puerto de salvación el bajel destrozado por los temporales y que ha estado á punto de zozobrar.

—¡Siempre ideas católicas!

—Siempre.

—No son aquí del caso, doctor, porque no trato de llevar estos asuntos mundanos al terreno teológico. ¿Quisiera usted que cruzase las manos como una Magdalena, y me contentase con llorar? De poco me valdría eso; y lo que ha de valerme es la prudencia y el saber humanos.

—¡Puedan guiar á usted mejor que lo han hecho hasta aquí!....—dijo suspirando el doctor.—Diga usted, señora, ¿y ha sido saber y prudencia humanos el haber educado á ese hijo que no podía usted reconocer, á quien no podía dar nombre ni posición en el mundo, á la manera de un gran señor?

—¡Y qué! —repuso con animación la Marquesa.— ¿Hubiera usted querido que durmiese yo en blanda cama y en sábanas de holán, mientras lo hiciera mi hijo en tosco y duro lecho? ¿Que comiese ricos manjares, mientras él se alimentase con el grosero sustento del pobre? ¿Quería usted que se hubiese criado ignorante, y hasta sin medios ni opción á ocupar un puesto distinguido en el mundo?

—Ha tocado usted los resultados, Marquesa. Criado con modestia, hubiera podido creerse siempre lo que creyó ser mientras fué pequeño: el huérfano de un cofrade mío, recogido por mí con algún caudal reunido por su padre. Pero cuando creció el lujo que le rodeaba, y cuando la costosa educación que recibía le hicieron sospechar que yo le engañaba; cuando el tierno y apasionado amor que le demostraba usted cada vez que, sin atender á mis consejos iba á verle á mi casa, con pretextos que le fueron pareciendo poco á poco insuficientes, le persuadió de que sólo á una persona de la esfera de usted podía tratar de aquella suerte, y de que á ella debía necesariamente pertenecer, el orgullo, que es el vicio innato de su hijo, el orgullo, ese directo adversario de Dios, ese Mefistófeles de la humanidad, ese falso prisma que agranda lo chico y achica lo grande, su orgullo, digo, fué tomando cada día mayores vuelos, deslustró su inocencia, secó su modestia, ofuscó su razón y endureció su corazón, cosas todas inmediatas consecuencias suyas. Viendo que no lograba averiguar un misterio de cuya existencia estaba persuadido, sus exigencias llegaron á ser intolerables y su trato insufrible. Entonces empezó la lucha que ha durado un año, año en que he sido compasivo testigo de los sufrimientos de usted y en que no se han quedado atrás los míos. Si en cam-

bio le hubiese usted dejado seguir la carrera de aquél de quien un día creyó ser hijo.....

— ¡Mi hijo, el hijo de lord Arnim, cirujano! — dijo con soberano desprecio la orgullosa lady.

— No era ni lo uno ni lo otro — repuso con fuerza el doctor. — Sucumbiendo, en fin, en la lucha, me encargó usted que le descubriese toda la verdad. Por más que me resistí, previendo las funestas consecuencias, lo exigió usted terminantemente. El resultado ha sido el que desde luego temí, conociendo su carácter duro y altanero.

— El resultado ha sido éste — dijo lady Virginia, sacando de su seno una carta; — aquí la guardo, aquí está sobre mi corazón como otro puñal más penetrante y duro que el que toda mi vida he tenido clavado en él.

El doctor se levantó, con un movimiento suave, pero pronto, arrancó la carta de manos de la Marquesa y la arrojó á las brasas. Una súbita llama se levantó y murió al momento, después de consumido el papel.

— ¡Doctor! — exclamó indignada la Marquesa. — Ese atrevimiento.....

— Es grande, es enorme; pero era necesario, señora: ese documento puede perder á la madre, y difamar al desnaturalizado hijo que le escribió..... Además, ¿para qué ese nuevo puñal?..... ¿No basta uno?

—Ni usted ni nadie lo arrancará de la herida—repuso con acerbo acento la Marquesa.—
¿Ve usted cómo sobre el negro simulacro de lo que fué papel, brilla aún su contenido en caracteres de fuego? Así está impreso en mi enlutada alma, y si no, oiga cómo decía:

En vano procuró evitar el doctor que la Marquesa recitase el contenido de la fatal carta; ésta empezó y siguió haciéndolo con monótona voz, los ojos extraviados y fijos en la lumbrera, en que aun se agitaban entre cenizas los restos del quemado papel, cayendo de sus labios cada palabra como gotas de sangre de una mortal herida.

«Señora: Así la nombro, porque no puedo llamar madre á la que no quiso serlo, á la que á la faz del cielo, pero sin tenerlo en cuenta, privó á su hijo, no sólo de su madre, sino del más noble de los padres, y le desheredó de su linaje, títulos, caudal, y hasta de su nombre. Me ha hecho usted más huérfano que hubiera podido hacerme la muerte, á quien llaman cruel; pero comparada á usted, es benigna y equitativa. El doctor, que tiene su parte de culpa en este criminal y nunca visto expolio, ha querido atenuarlo á mis ojos, y no lo ha logrado, porque no se logra lo imposible.

»Parto, porque no podría permanecer aquí sin echarme en brazos de mi digno padre el noble lord Arnim, y porque, aun cuando no

puedo amar ni estimar á usted, conozco mejor mis deberes de hijo que usted ha conocido los suyos de madre.

»No volverá usted á verme, ni á saber de una existencia que, por complacer á un amante, ha hecho la más miserable del mundo, y que deseo acortar lo más posible.—E. A.»

Cuando hubo concluído, reclinó la Marquesa la cabeza en el respaldar del sillón, murmurando:

—¿Cabe más sufrir?

Pero de repente exclamó dando una seca y estridente carcajada que estremeció al doctor:

—¡Y nos llaman *los felices de la tierra!*

En este momento se oyeron fuertes golpes á la puerta de la calle y tropel de carruajes.

—¡Doctor, doctor!—gritó un criado que se precipitó en el salón.—¡Acuda usted, que traen á milord accidentado!

El doctor se lanzó apresuradamente hacia la escalera, por la que subían á lord Arnim, no accidentado, sino ya cadáver.

III

Hállase en la orilla del Océano, entre la desembocadura del Guadalquivir y el santuario de Regla, un pueblecito que lleva el poco sonoro nombre de Chipiona. Tiene á su frente

el mar, y á su espalda un gran pago de viñas, que constituye, si no su riqueza, su sustento, pues los vinos que produce son muy buenos, como pertenecientes á los de Sanlúcar, que, después de los de Jerez, que ocupan el primer puesto, son reputados los mejores de aquella comarca, tan rica en exquisitos mostos.

Está Chipiona tan familiarizado con su respetable vecino el mar, que cuando en las mareas grandes, que son por Enero y por Santiago, sube el líquido coloso hasta entrarse á pasos precipitados por las calles del pueblecito, sirve esto de diversión á sus vecinos, quienes, como prácticos, saben el día y la hora de esta invasión, y en lugar de asustarse, calafatean sólidamente las puertas de sus casas, y subidos en las azoteas y tejados, ó colocados fuera de su alcance, ven llegar con algazara aquella imponente masa de agua azul y salada. ¡Así se familiariza el hombre por la fuerza de la costumbre con las cosas más horripilantes! ¡Así va el militar al encuentro de las balas, lánzase el aeronauta en su globo á merced de los vientos, boga el marino en su esquife á merced de las olas! ¡Así vive satisfecho el lapón en su prolongada noche, entre sus hielos, y el cafre entre las abrasadas arenas de sus desiertos!

Esto es un gran consuelo para aquellas almas á quienes la lástima hace sufrir tanto, que llega á ser la tortura de su vida, y que siendo

blandas y pusilánimes, gradúan por sus propias sensaciones las que deben experimentar aquellos á quienes compadecen. No obstante, lejos está de nuestra mente el cercenar ni un ápice á la lástima, que es la más sublime prerrogativa del hombre; nuestra atención se ciñe solamente á moderar un exceso que tiene por resultado hacer á veces más infeliz al que compadece, de lo que es el compadecido. Pero ¿acaso hacemos bien? Esta compasión, que nos induce á mitigar los sufrimientos de la compasión ajena, ¿está siempre bien entendida? ¿O acaso al intentarlo habremos perdido de vista lo que dice el poeta alemán Bürger?

«Las lágrimas inocentes que caen en este árido suelo son todas recogidas y forman el rocío de las florestas del Paraíso; así, no te pese verterlas, porque caen en la mano de Dios.»

El día en que trasladamos á nuestros lectores á Chipiona era la víspera de Santiago, y estaban los habitantes alegres y alborotados; muchos de ellos se hallaban reunidos en la playa, aguardando al imponente huésped.

Aquí un grupo de marineros mozos escuchaban complacidos y atentos al que por más dichero y poeta descollaba entre ellos, el cual, mirando á su barca, á la que iba dirigida, recitaba la siguiente composición:

Moza con la antena rota,
 No hay más que tezar la escota
 Y poner la proa al viento
 Más pronto que el pensamiento
 Y aunque el práctico lo *impla*
 Y me coma el oleaje.....
 Yo me voy al abordaje,
 Y salga el sol por la ría.

Luego, dirigiéndose á una muchacha que con otras estaba parada á alguna distancia, añadía:

Concha llena de colores,
 Olita del mar en calma,
 Arrepara estos sudores
 Que está derramando el alma
 Por *toitos* esos primores.
 Eres tú más hechicera
 Que el capricheo (1) en el mar;
 Iza, iza esa bandera (2);
 Déjame, niña, llegar
 Á tu costado siquiera

Otros cantaban alternativamente con las muchachas coplas que, como volantes rechazados por raquetas, volaban de grupo en grupo. Eran de este tenor.

(1) La bonita palabra *capricheo* no está en el Diccionario, y significa la inquieta y centellante reverberación de la luz de la luna en la vacilante superficie del mar.

(2) Para marcar que están incomunicados y no reciben á su bordo, ponen los barcos que hacen cuarentena una bandera á media asta.

ELLOS

Toda mi vida en el mar,
 No me han cautivado moros;
 Y una vez que entré en tu casa,
 Me cautivaron tus ojos.

ELLAS

Un marinerito, madre,
 Me tiene robada el alma;
 Si no me caso con él,
 Muero moza y llevo palma.
 El amor y las olas
 Del mar son unas.....
 Que parecen montañas,
 Y son espuma.

Un grupo de niñas, sentadas en la playa,
 hacían casitas y huertecitos con arena mojada,
 y una de ellas, que despuntaba por sabidilla,
 decía á las demás:

—¿Á que no acertáis un acertijo?

—¿Cómo es?

Una cosa muy atroz
 Que anda sin tener pies.....

—¡Toma!—dijo una morenita bobona.—¡La
 carreta!

—¡Vaya! ¡Te luciste, doña Sabijonda! La
 carreta no anda, que la arrastran los bueyes,
 ¡mú!....., tan torpes como tú. Calle la boca, y
 escuchen las orejas:

Una cosa muy atroz
Que anda sin tener pies,
Tiene alas sin volar,
Y el espinazo al revés.

—La lancha—dijo una de las oyentes.

—¿Quién te lo dijo?

—Yo que lo sé.

—Lo mismo dijo el gallo, y no sabe más que cacarear.

Por su parte los chiquillos, que se entusiasman en habiendo cosa de bulla, saltaban de roca en roca canturreando con monótono sonsonete:

Las olitas de la mar
Unas vienen, otras van,
Dejan espuma en la playa,
En las redes cogen rayas,
Entre las rocas cangrejos,
¡ Los navíos van muy lejos!.....
Madre, yo quiero embarcarme,
Que va en la pareja la Virgen del Carmen.

A la puerta de una casa situada en la parte del pueblo á que no llegaba la gran marea, se habían reunido, y estaban sentados como en un estrado, una porción de personas en paz y concordia, pero no en silencio. El *farniente* material es grato al andaluz, pero no así el intelectual. Allí, pues, se discurría y *platicaba* mucho, y sobre distintos asuntos.

—Tía María — dijo á la dueña de la casa

ante la cual estaban reunidos, su compadre el tío Nicolás,—su hijo de usted, Juan, tiene más suerte que quiere. Ya no anda con la calesa: es mayoral y lleva una berlina. ¡Todavía lo hemos de ver cochero de los infantes!

—¿Y por qué no, si la suerte le favorece, si entiende su oficio y es hombre de bien? —repuso la buena mujer.—Pues no porque sea mi hijo, pero bien conoce usted que él todo se lo merece. Pero ¿cómo sabe usted, compadre, que lleva berlina? ¿Será cosa que me dé usted un alegrón y me tenga yo luego que desalegrar?

—Comadre, cuando yo digo una cosa la firma el rey; pero ahí está su hijo de usted en propia persona, que se lo podrá decir de manera que le dé usted *crédito*.

Efectivamente, llegaba en este momento un hombre joven y jovial.

—¡Juan!—le gritó su madre.—¿Es verdad que te han puesto de mayoral?

—Sí, señora—repuso el interpelado;—soy capitán de cuatro caballos, y tengo por sargento á un zagal. ¡Dios guarde á usted, madre! ¡Salud, señores!

—Pues ahora no te falta—dijo el tío Nicolás—sino que tomen tu berlina unos ingleses, como aquel de marras.

—Pues lo que me falta no me falta—respondió Juan;—que á unos ingleses traigo que han venido de temporada á Sanlúcar.

— ¡No digo! — exclamó el compadre, mientras los demás se echaban á reir. — Compra mulas, Juan, compra mulas.... que te han de parir.

— ¿Y dónde tengo yo esos caudales?

— ¿Pues no tenías dineros? ¡Si me dijeron que ibas á comprar la aranzada de viña del escribano!

— No nos convinimos; y he mercado la parte que en la casa de mi madre tenía mi tía, y ya sabe usted, tío Nicolás,

Que en este mundo *indino*
Cuando hay para pan, no hay para vino.

— Pues me alegro de que no comprases la aranzada de viña y de que no partieses de ligero sin aconsejarte antes de cerrar el trato; y ten presente que dos adivinos hay en Segura: uno experiencia y otro cordura. No te fíes del escribano, que es ladrón más conocido que un zorzal y un estornino. En su vida de Dios se cortan las uñas esos mozos; y *asina* fué que preguntándole á uno cómo podía vivir en paz el de su pueblo con su mujer, que era más liviana que el viento, respondió: «¿Pues no han de vivir en paz, si son uña y carne?»

— ¡Lo que sabe el tío Nicolás! — observó Juan.

— ¡Toma! — contestó aquél. — El que quiera saber, que compre un viejo.

—Oye, Juan—preguntó una vecina;—¿y á qué han venido esos usías al lugar?

—¡Toma! Á pasearse y á buscar otro inglés, que por lo visto se les ha perdido.

—Pues mire usted—opinó el tío Nicolás—que buscar un inglés en Chipiona es como buscar un navío en un charco.

—Pero es el caso—prosiguió Juan—que no quieren volver por el camino del campo que hemos traído, sino que quieren que sea la vuelta por la playa.

—¡Por la playa! Por la playa no se puede dar la vuelta á la punta en que está el castillo del Espíritu Santo sino de aquí á dos horas—opinó el tío Nicolás.

—De sobra que lo sé, y se lo dije á sus mercedes—repuso el mayoral;—pero dicen que aguardarán. Yo he metido el ganado en el mesón, y ahora me voy á traer acá á esos señores, porque después que hayan visto subir el mar, en alguna parte han de descansar y aguardar á que sea hora de volverse por donde quieren ir.

—Bien venidos sean—dijo la buena tía María y pensaron todos, á quienes, lejos de importunar ó intimidar aquella visita de usías extranjeros, les agradó, merced á ese espíritu hospitalario del país, y á esa mezcla de dignidad que impide el amilanamiento, y de desenvoltura que aleja la cortedad.

Poco después volvía el mayoral, guiando á un caballero anciano que daba el brazo á una hermosa señora rigorosamente enlutada.

— Ana — dijo la tía María á una de sus parientas, — tráete unas sillas de las de la sala, y un redondel de los nuevos; ponlos aquí á la sombrita. Señora — añadió dirigiéndose á la recién llegada, — tome su merced asiento y descanse un rato, mientras nuestro huésped de Santiago no se retira á sus anchos centros.

Lady Virginia y el doctor, pues eran ellos, admitieron la oferta, y se sentaron.

La Marquesa, á quien el espectáculo de la invasora marea había horrorizado, preguntó, hablando, aunque con acento extranjero, con bastante facilidad la lengua del país, si aquella invasión no les asustaba.

— No, señora, no — respondió la buena anciana. — Dios le ha puesto una linde al mar, que aunque quiera no puede traspasar; y lo que no puede ser, no asusta; á la gente moza le sirve de *jolgorio*.

— ¡Qué felicidad! — dijo en inglés la Marquesa dirigiéndose á su compañero. — ¡Qué espléndida alegría! ¡Qué sincero contento! ¡Ah! ¡Cómo los envidio!.... ¡Con qué vehemencia los envidio!

En este momento pasaba un muchacho trabajador, que con su azada al hombro venía del campo, cantando alegremente:

En teniendo yo un cigarro,
Y seguro mi jornal,
Y á mi morena en la reja,
¿Qué más puedo desear?

— ¡Y á éstos llaman los filántropos—añadió la Marquesa con amarga sonrisa— *los infelices de la tierra!* ¡Oh! ¡Cuán lejos están de comprender, ni aun de imaginar, el dolor y la angustia que me está matando! ¡Qué ajenos se hallan de que esta desdichada madre busca por todas partes, sin encontrarle en ninguna, al hijo por cuya existencia tiembla, al hijo de quien ni aun huella puede descubrir, ni noticias hallar..... por más que inquiere!

La tía María, que había entrado en la casa, salió entonces con una enorme fuente llena de exquisitas brevas, y una limpia y fresca alcazraza de agua.

Conforme la vió el tío Nicolás, exclamó:

Bendiga Dios este plato,
Que aunque caro cuesta barato;
Por la boca tendrá la entrada,
Y en él ha de quedar poco ó nada.

— Señora — dijo la tía María presentándole el plato de brevas,— que se le hagan á su merced una miel en la boca. ¿Qué decía la señora? — preguntó. — ¿Desea ó se le ofrece algo?

— No, no, gracias—contestó ésta.— Lo que decía—añadió suspirando— es que son ustedes muy felices.

— De todo hay, como en botica — repuso la buena mujer; — pero al que llora y acude á Dios, Dios le consuela; al que tiene trabajos y acude á su Divina Majestad, su Divina Majestad le ayuda; y así siempre en esta vida es más lo bueno que lo malo.

— ¡Ya! Como usted y su hijo tienen esa suerte, bien puede usted hablar *asina*, porque cada uno habla de la feria según le va en ella — dijo el tío Nicolás.

— ¡Pues no que usted puede quejarse! — repuso la tía María. — ¡Usted, que ha tenido un amo que le ha hecho hombre! Porque, señora — añadió dirigiéndose á la Marquesa, — los ricos hacen mucho, mucho, por los pobres, y el que no lo reconozca así, es porque es un ingrato. Y, por último, compadre, le ha metido á usted sus nietos en la escuela que han establecido los señores Infantes en Regla, donde los enseñan, visten y dan de comer.

— ¿Eso han hecho? — preguntó con interés el doctor.

— ¡Toma! Y ponerse al frente para restablecer aquel querido santuario, que estaba abandonado y viniéndose á tierra, á fin de que volviese á él la bendita imagen de la SEÑORA DE REGLA, que fué del mismo San Agustín; y ponerle su capellán, ya que otros le habían echado á sus monjes. ¡No se lo tome Dios en cuenta á quien lo hizo!

—¿Todo se lo llevaron? —preguntó con interés el doctor.

—¡Todo! —contestó suspirando la buena mujer.— No le dejaron al santuario más que sus palmeras, porque de ellas no podían sacar dinero. Ahí se quedaron, pues, para avisar á los Infantes que allí había un santuario de la Virgen, vacío, y que, menos estable que ellas, se iba á caer (1). Pero, señora, hablar del bien que hacen SS. AA. es hablar de la mar. Así están tan contentos y tan felices. Más de cuatro simples creen que lo están porque son Infantes. No, no, les digo yo, no es por eso; que muchos poderosos y encumbrados de la tierra tienen grandes ventajas, caudales y prerrogativas, y no son felices ni están contentos. ¿No es *asina*, señora?

Lady Virginia, á quien ahogaba el dolor y la angustia, al oír á la anciana no pudo contestar sino con una inclinación de cabeza.

—Si están contentos SS. AA., les digo yo —prosiguió la buena mujer,—es porque son buenos; es porque siguen la ley de Dios; es porque hacen todo el bien que pueden, y buscan la felicidad en estas santas fuentes, que son las únicas que la pueden dar, y esas fuentes están

(1) Histórico. Las palmeras fueron las que llamaron la atención de SS. AA. sobre el solitario, aislado y abandonado santuario.

en el corazón, y no en los altos puestos y riquezas. ¿No es verdad, señora?

—La Marquesa experimentó, al oír estas palabras en boca de aquella sencilla campesina, un profundo sentimiento de amarga humillación y vergüenza.

—No digo que no, comadre—observó el tío Nicolás;—y usted, como siempre está arrimadita á la iglesia, *preica* como un Cuaresmal. Pero ello es que aquellos dineros que se le entraron á su hijo de usted por las puertas, no le vinieron malamente para estar feliz; y usted no les hizo fe.

—Pues mire usted, compadre—repuso la buena mujer,—le digo á usted mi verdad, que la suerte y los dineros á que usted alude yo no los quiero de la manera que vinieron.

—¡Toma! Todo el que hereda podría decir lo propio.

—Y lo dirá. Pero bien sabe usted que yo con más razón.

—¡Y si era *extranjis*! No se apure usted. Si no, haga como aquél que estaba oyendo un sermón muy dolorido, en que todos lloraban menos él, que se estaba sumiendo las lágrimas. «¿Por qué no llora usted?»—le preguntó su vecino.—Y él contestó: «¡Toma! Porque ésta no es mi parroquia.»

—Usted, compadre, todo lo quiere componer con chascarros; y no va bien guiado, pues

éstos no vienen á pelo cuando se trata de cosas de formalidad. Ello es que no quiero dineros por esa vía, que *rejelean* (1).

—Pero ¿cómo adquirió su hijo de usted ese dinero que parece pesarle? — preguntó el doctor, interesado ya por aquella atenta y buena anciana.

—Ha de saber usted — contestó la interrogada — que mi hijo, que era entonces calesero, ajustó su calesa con un caballero inglés, mozo y buen mozo, que quería, lo propio que sus mercedes, dar un paseo por la playa y ver el castillo ruinoso del Espíritu Santo.

—Hermoso y entero lo conocí yo — intervino el tío Nicolás; — pero los ingleses le volaron por sus propias manos, como otros muchos, cuando la guerra de los franceses de Napoleón.

—Esto fué en Sanlúcar, se entiende, donde está acomodado mi hijo — prosiguió la tía María. — Aquel día no había salido el sol.

— ¡Qué no había de haber salido, señora! — le interrumpió su compadre. — El sol sale todos los días, y no se para nunca. Tres veces al día le dice á Dios: «¡Señor! ¡Estoy cansado!» Y tres veces le contesta Dios: «Sigue tu senda.»

— ¿Y eso es verdad, compadre? — preguntó la buena mujer.

(1) *Rejear* es amargar como la hiel. — (N. del E.)

— ¡Pues ya se ve!

— Compadre, no sé si lo crea.

— Créalo usted, señora, que el creer no cuesta dinero; y siga su relación — contestó el tío Nicolás.

— Pues ello es — prosiguió la narradora, dirigiéndose á sus huéspedes — que no se veía el cielo sino como un cenicero, que sudaba una harinilla que los iba calando. El inglés, cuando llegaron al monte, se apeó y subió á pie, juntó unas ramillas, encendió una hoguera, y en ella estuvo quemando papeles y otras cosas. Viendo mi hijo que la lluvia iba engordando, le dijo que si no quería volverse al pueblo; pero el inglés le respondió que no, que se volviese sólo con la caleña, porque él quería regresar á pie; diciendo lo cual, le entregó un bolsillo. Mi hijo le dió las gracias, y cuando hubo andado un trecho, abrió el bolsillo, y viendo que estaba lleno de monedas de oro, se volvió atrás y se lo entregó á su dueño, advirtiéndole que al pagarle se había equivocado; pero el caballero se lo devolvió, diciendo que al darle el bolsillo sabía lo que contenía, y que su gusto y su voluntad eran que se quedase con él. Mi hijo le dijo con el corazón y con la boca *mil Dios se lo pague*, y se fué. Algunos días después fué requerido por la justicia; acudió, y ¡cuál no sería su asombro y su compasión cuando le llevaron ante un muerto, y en él re-

conoció al inglés que tan caritativo y rumboso había sido con él!

Al oír estas palabras, el doctor dió muestras de la más viva inquietud, mientras el rostro de la Marquesa se iba cubriendo de lívida palidez.

—Señora— dijo el primero á la tía María,— conozco esa historia, que es antigua; sé quién era el viajero, y que murió de una aneurisma; todo se puso entonces en los periódicos.

—¿Qué sabe usted quién es?— repuso la anciana sin comprender las señas que para que callase le hacía el doctor. — Pues mire usted, señor, que aquí nada se pudo averiguar. Como refirió mi hijo, y se comprobó por hallarse donde había ardido señales de la hoguera, todos sus papeles, su cartera y cuanto pudo quemó. Se conocía el empeño que tuvo en que no se supiese quién era, porque nada, ni siquiera un pañuelo se halló en sus bolsillos cuando, habiendo avisado un chiquillo que lo vió flotar, fué sacado el infeliz del algibe del castillo, en el que hubo de tirarse con intención de quitarse la vida, según dicen; y si es así, Dios por su misericordia infinita le haya dado tiempo de arrepentirse y le haya perdonado. Todos los días rezo por él, en la confianza de que á pesar de su insensato proceder, se arrepentiría á tiempo y clamaría por su perdón, porque era buen cristiano, como lo prueba un anillo que

entre las monedas de oro contenía el bolsillo, y en el cual se veía el escudo de NUESTRA SEÑORA DEL MAYOR DOLOR, esto es, un corazón atravesado por un puñal.

La Marquesa dió un grito desgarrador, y cayó al suelo, presa de una espantosa convulsión.

IV

—Señor cura—dijo la tía María, saliendo al encuentro de un sacerdote que entraba en su casa,—he mandado avisar á su merced, porque hay aquí una obra grande de caridad que hacer. La señora inglesa, ya sabe usted de quién hablo, está loca de remate. ¡Mire usted, señor, que dar la casualidad de ser su señoría la madre de aquel pobre mozo que se ahogó y que nadie pudo averiguar quién fuese!..... ¡Y contarle yo misma tan descuidada su muerte! ¡Preciso sería arrancarme la lengua y picarla!

—De todos modos, al fin hubiera llegado á saberlo, tía María—dijo el cura.

—Ó no—repuso la buena mujer.—Y, sobre todo, se le hubiera podido ocultar la manera como acaeció la desgracia; no que ahora dice que tiene la culpa de la muerte de su hijo; que es una madre inicua. ¡Pobrecita! Si ello es así,

¡cómo la compadezco! Pero no es razón para que sin temor de Dios se quiera matar lo propio que aquél. ¡Como si con eso remediase algo! El pobre señor á quien dice su merced doctor, está sin saber dónde dar de cabeza; hace dos días que no se desvía de su lado; pero por más que ha hecho, no ha podido lograr que tome la señora ni un buche de caldo ni una sed de agua. No he visto, señor cura, dolor más cerril ni más descompuesto! No hace más que maldecir de su sino, de su vida, sin dar oídos al doctor, ni treguas á su congoja. ¡Ya se ve! Si no pide consuelo á quien sólo puede dárselo..... ¿cómo lo ha de hallar?

—Veamos, pues, de procurárselo—repuso el cura.—Dígale usted, tía María, que estoy aquí y que deseo consolarla.

La tía María se apresuró á cumplir el encargo; pero todos sus esfuerzos para lograr lo que deseaba fueron vanos. Al oír anunciar á una persona extraña, á un cura *papista* (1), á un entrometido, á un buscador de prosélitos, lady Virginia se estremeció, y respondió con decisión que no podía, que no quería ver á nadie.

—Señor cura, ni por los catalanes quiere su merced ver á nadie—dijo la buena anciana, saliendo de la habitación de la enferma.—¡Nada!

(1) Así llaman los protestantes á los católicos.

No quiere resignarse, ni quiere consuelos, ni oír la palabra de Dios. No hay peor ciego, Padre, que el que no quiere ver; ni peor dolor que el que no quiere ser consolado.

— ¡Cómo ha de ser, tía María! La luz de Dios entra en el alma por la voluntad, y ésta la gana la persuasión; pero no se puede imponer—contestó el cura.—Ya que usted se acerca á ella sin que la rechace, pruebe usted á ablandar su corazón, y vea de atraer lágrimas á sus ojos, que éstas acallarán las maldiciones en sus labios.

— ¡Yo, señor cura—exclamó la buena anciana,—que no tengo estudios ni sé leer! ¿Qué le puedo yo decir, ni cómo atenderá á las palabras de una rústica como yo?

—Las cosas de Dios, tía María—contestó el cura,—las saben los rústicos como los sabios, porque están al alcance de todos, y todas las encierra el librito de doctrina; y muchas veces se ha revelado Dios á los sencillos que halló más sumisos, y se ha ocultado á los sabios que halló soberbios. Trate usted de atraer á esta señora que no tiene la fe católica á nuestras santas creencias; que un buen propósito vale tanto á los ojos de Dios, como una buena obra. Dígale usted que la virtud se perfecciona en el padecer, como dice el libro de Tobías. Repítale que Dios dice que el que llora será consolado, pero es acudiendo á Él; y cuando vea

usted que puedo presentarme sin incomodarla, avíseme usted.

El cura se fué, y la tía María volvió á entrar en el cuarto de la doliente. Esta había caído rendida de su desaliento y desesperación en una postración inerte, y aparecía blanca é inmóvil sobre su lecho; su cabello estaba suelto y en desorden; sus ojos á medio cerrar parecían estar sin vida; sus manos estaban convulsivamente crispadas; su respiración era honda y fatigosa.

Tan rendido como ella, y en la actitud del más profundo desaliento, estaba sentado el doctor al lado opuesto de la cama.

La tía María entró, y se sentó al lado de la cama inmediata á la puerta, y fué diciendo una después de otra las siguientes frases, que no eran escuchadas, ni mucho menos contestadas:

—¿Conque....., señora, vamos ya descansando un poquito? ¡Ay, señora! ¡Soy madre, y no se me oculta lo que estará sufriendo su corazón..... porque, en tocando á los hijos, las penas no tienen comparación con otras! Pero Dios aprieta y no ahoga. Las penas son llamamientos. «Vosotros que os sentís cargados bajo el peso de vuestra miseria, venid á Mí», dice el Señor. Señora, tome su mercé un poco de caldo que le voy á traer; que Dios prohíbe que tiremos á matarnos, y quiere que llevemos

las penas con conformidad, como su Santa Madre.

Lady Virginia hizo con su cerrada mano una señal negativa á la oferta de la buena mujer.

—Tenga usted presente, señora — prosiguió ésta — que dicen las Escrituras que Dios castiga á quien ama; y Tobías, que la virtud se perfecciona en el padecer (1).

—¡Virtud!..... No habla eso conmigo — exclamó lady Virginia. — ¡No tengo ninguna!

—Ofrezca usted á Dios sus dolores, y ya tendrá ésa — repuso la anciana.

—Mis dolores no se pueden ofrecer á Dios — exclamó con desaliento la Marquesa. — ¿Sabe usted que soy la causa del suicidio de mi hijo, por haber sido esposa infiel y madre desnaturalizada?

—¡Lady Virginia! ¡Lady Virginia! — dijo apurado y en tono de reconvención el doctor.

(1) Viene aquí al caso una observación. Sabemos que á algunos apreciables extranjeros no les ha parecido oportuna la costumbre establecida en nuestras iglesias de decir desde el púlpito oraciones que repiten en voz alta y palabra por palabra los fieles. Esto, que se hace particularmente á beneficio de la clase popular que no sabe leer, no sólo dirige y formula su devoción, no sólo la instruye, sino que á ello y á los sermones se debe el que el pueblo español haya enriquecido su memoria con tantas magníficas oraciones, máximas, textos sagrados y jaculatorias.

Pero ella, sin atenderle, prosiguió con creciente exaltación:

—¡Estoy maldita! Entre el cielo y yo hay un abismo. ¡No, no; para mí no hay paz ni consuelo en la tierra, misericordia ni gloria en el cielo!

—Ya ve usted, señora—repuso la buena mujer, —cómo cuando se pierde la esperanza se pierden sus hermanas la fe y la caridad, caridad que no tiene usted ni con sigo misma.

—¿Y para qué me serviría?

—Para recuperar aquéllas.

—¿No causo á usted horror?

—No, señora, no; me causa sólo lástima—respondió la anciana con un amor y una sinceridad de que dieron testimonio dos lágrimas que, subiendo de su corazón á sus ojos, resbalaron por sus mejillas como los rayos de la luna del cielo resbalan sobre una ruina de la tierra.

—Os causo lástima — dijo la Marquesa, — porque me ve usted renegar con harta razón de mi existencia, y renunciar á la bienaventuranza, que sólo existe para los justos.

—No existe sólo para los justos la bienaventuranza, señora; que si así fuese, pocos se salvarían. Dice el Salmo: «Bien sabe el Señor el lodo de que nos formó, y siempre tiene presente que no somos más que polvo; así, nos abrió la puerta del perdón, y nos señaló la

senda del arrepentimiento para llegar á ella.»

—Hay culpas sin perdón, buena mujer.

—Ninguna, señora, si el arrepentimiento es proporcionado á ella. Cuando el Señor hubo resucitado, se presentó á sus cuatro discípulos San Juan, Santiago, San Diego (1) y San Pedro, y enseñándoles su cuerpo destrozado, su cabeza desgarrada por las espinas, y su costado traspasado por la lanza, preguntó á San Juan: «¿Qué merecen los que así me han puesto?—Condenación eterna, respondió San Juan.» Y lo propio contestaron Santiago y San Diego, á quienes hizo el Señor la misma pregunta. Y volviéndose á San Pedro: «¿Qué merecen los que me han puesto en este estado?—Perdón merecen, contestó el apóstol.—¿Cómo pueden merecerlo, Pedro?, le dijo el Señor.—Porque Vos lo pedisteis por ellos pendiente de la cruz, respondió el Santo. — Pedro, dijo entonces Cristo, tú serás la cabeza de mi Iglesia; lo que tú hagas lo confirmaré en la tierra y en el cielo» (2). ¿Y por qué lo hizo?—añadió la anciana.—Porque halló á Pedro el más misericordioso, y el que más presente tuvo que de siete palabras que habló el Señor en la cruz,

(1) Santiago el Menor.

(2) Si la Marquesa hubiera estado capaz de hacerlo, habría dicho á la tía María que lo que decía no constaba en la Escritura, y ésta de cierto le habría contestado que se sabía de unos á otros.

una fué para perdonar y otra para implorar á su Padre que lo hiciese á sus verdugos. ¿Y duda usted aún del perdón?

—Dios no puede perdonar á una madre que causó la muerte de su hijo; y yo soy una infanticida, condenada y señalada con más razón que Caín. No hay en la tierra senda buena que puedan pisar mis plantas; Dios me rechazará de su presencia en el otro mundo, y de sus vías en éste.

—Señora, ¿y qué me dirá usted—repuso inalterable la anciana—si la digo que á un padre que con sus propias manos, inducido á ello por su genio colérico, mató á un hijo suyo, lo he conocido tranquilo, metido en Dios, viviendo con vida y muriendo con muerte ejemplar?

—¿Católico? — preguntó ansiosa la Marquesa.

—Claro es que lo sería—repuso el doctor;—sólo nuestra religión hace semejantes prodigios.

—¿Lo conoció usted, dice? — preguntó la desesperada madre á la anciana.

—Sí, señora; le conocí cuando muchacha, y me parece que lo estoy viendo. Me infundía á un tiempo horror, veneración y lástima. Cuando alguna vez me repelía, me decía á mí misma: «Pues Dios que es el ofendido olvida, ¿te toca á ti, vil pecadora, recordar?» Su vida

era una prolongada penitencia. Todos los años el Jueves Santo se hincaba aquel pobre criminal á orar ante el Monumento, y así permanecía sin moverse, sin tomar alimento ni descanso las veinticuatro horas que adora la Iglesia al Señor en su sepultura, hasta el Viernes, en que las santas ceremonias conmemorativas de la Iglesia hacen suceder otras á aquélla, la más tierna y solemne de todas. Entonces, señora, aquel hombre que arrodillado por espacio de todo un día había estado implorando misericordia de Aquel que por misericordia murió, se recogía á su vivienda y hallaba descanso (1).

—Doctor —preguntó en inglés la Marquesa, —¿será..... podrá ser eso cierto?

—Señora—contestó el doctor,—los hechos son incontrovertibles.

—¿De suerte que lo cree usted sin comprenderlo, como lo hace con los milagros?

—No, señora, lo creo comprendiéndolo, porque eso no es ningún milagro, sino legítima consecuencia de nuestras santas y consoladoras doctrinas católicas.

—No puedo creer lo que me dice usted—dijo lady Virginia á la tía María.

—Señora, si lo que le he dicho no pudiese ser, perseverarían los hombres impenitentes y

(1) Histórico.

no habría conversiones—contestó la anciana. Había anochecido, y la Marquesa, destrozada y rendida, se quedó dormida.

A media noche despertó sobresaltada y en su anterior desaliento.

—¡María! ¡María! — exclamó. — ¿Está usted ahí?

—Sí, señora; aquí estoy.

—¿Qué hace usted?

—Rezo.

—¡Oh! ¡Rece usted, por Dios, en voz alta! Quiero oirla; su voz y sus palabras me sosiegan. ¡Rece usted! ¡Rece usted por mí!

—Eso hacía—contestó la piadosa anciana, que sintió uno de esos santos goces desconocidos á los que no tienen un alma católica.

Y levantando sus ojos y su corazón al cielo, entonó esta oración, cuyas palabras repetía la desconsolada madre por un impremeditado impulso, á medida que iban saliendo de los devotos labios de la religiosa mujer del pueblo católico:

—«Señor mío Jesucristo, Criador, Padre y Redentor mío, por ser Vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas, á mí me pesa, pésame, Señor, de haberos ofendido. Quisiera, Señor, que el corazón se me partiese de dolor, sólo por ser Vos el ofendido. Propongo antes morir que pecar, y huir y apartarme de las ocasiones de ofenderos. Ofrézcoos mi vida,

obras y trabajos, en satisfacción de mis culpas y pecados. Espero en vuestra suma bondad y misericordia infinita que me habéis de perdonar y me daréis gracia para perseverar en vuestro santo servicio hasta el fin de mi vida. Amén.»

—¡Amén!—repitió la Marquesa, que en este momento se sintió estrechada entre los brazos de la buena anciana, que, hecha un mar de lágrimas, le dijo con tierna y gozosa expansión:

—¡Es usted católica, señora! Ahora, si ha pecado, Dios se lo perdonará; si es desgraciada, llevará usted su cruz con paciencia y mansedumbre, porque así lo quiere el Señor. Ahora esperará usted en la misericordia de Dios, porque méritos hará para alcanzarla; ahora orará, conociendo que la oración es el bálsamo de todos los dolores; ahora conocerá que la soberbia trae consigo la impenitencia, y ésta la desesperación, y que la humildad trae el arrepentimiento, y éste la conformidad, y con ella la paz, único bien real de la vida.

—Pero, señora—dijo fuertemente conmovida la Marquesa,—si yo adoptase sus creencias católicas para mi propio consuelo, hallaría también en ellas un desconsuelo sin límites; creería que mi hijo no se ha salvado.

—Hallaría usted el consuelo de poder rogar á Dios por su alma—contestó la buena anciana—

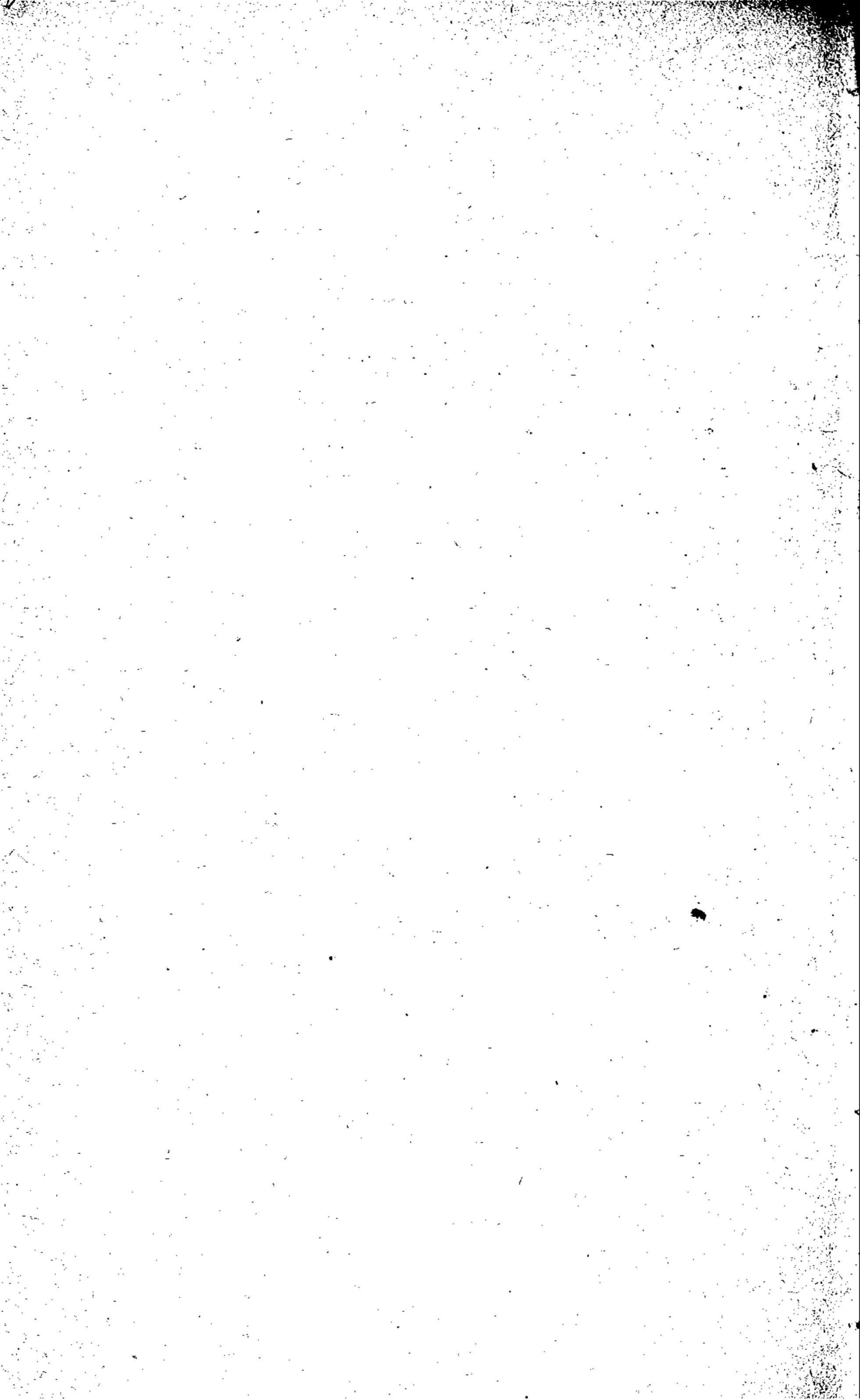
na,—la dicha de poder inclinar la balanza de su justicia hacia la misericordia, por medio de sufragios, limosnas y buenas obras, hechas en desagravio de su culpa, si la tuvo; lo que ni usted, ni nadie, sino Dios, puede saber y juzgar, porque cosas hace á veces el hombre en momentos en que no está en su juicio, y hay otras en que el arrepentimiento sigue tan de cerca al hecho, y de tal manera, que escapa á los ojos de los hombres, pero no á los de Dios, para quien nada hay oculto, y que derrama su santo perdón con más amor sobre los desgraciados.

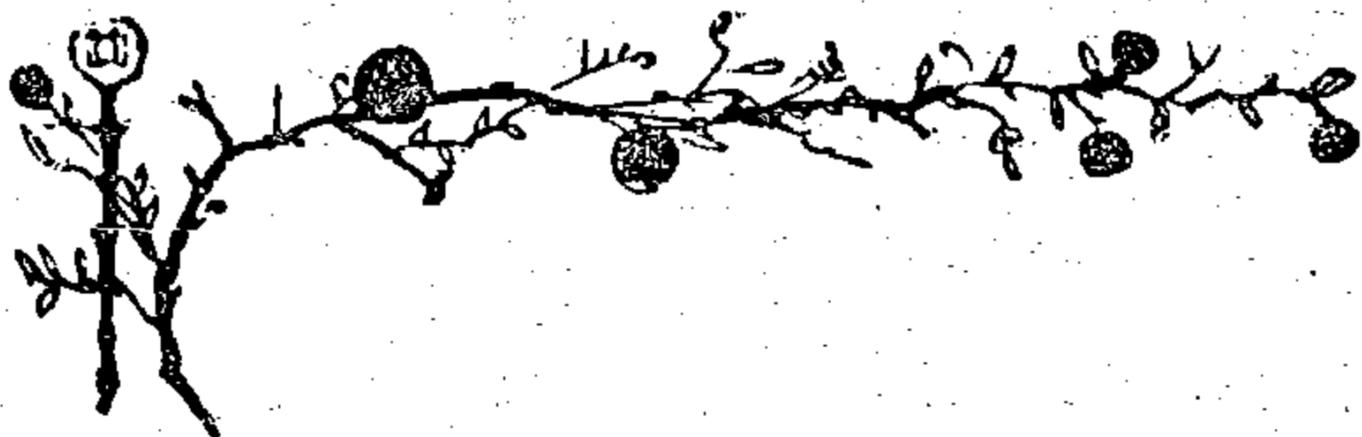
—¡Doctor—dijo la Marquesa prorrumpiendo en un copioso llanto,—abráceme usted como hermana, pues, aunque indigna de serlo, soy católica! ¡Vea usted, ya quiero vivir! ¡Sí, quiero vivir para rezar y encomendar á la clemencia de Dios á mi desgraciado hijo, é implorar su misericordioso perdón para ambos! Quiero hacer penitencia de mis culpas; quiero hacer buenas obras, con el estímulo y el consuelo de que Dios las recibirá como parte de expiación de las culpas de mi hijo y de las mías: sólo esto puede hacerme soportable la vida. Lo siento, sí; sólo á la religión es dado consolar, pero á una religión viva, precisa, ferviente y práctica.

— ¿Ve usted, querida lady Virginia — repuso profundamente conmovido el doctor,

apretando entre las suyas una de las manos de la Marquesa;—ve usted por qué la deseaba arrepentida? No para más enloquecerla, no, sino para atraerla á este estado, en el que, cuando la criatura contrita y humillada hinca la rodilla, cruza sus manos y baja la cabeza, Dios levanta su corazón.







EPÍLOGO

UN año después decía la presidenta de una Sociedad Bíblica de Londres, en su reunión á las demás socias:

—¿Saben ustedes la increíble noticia que me han dado? Lady Virginia Arnim, que después de la muerte de su marido partió tan repentinamente á restablecer su salud al Mediodía de España, ha vuelto de allá católica.

—¿De veras?—exclamaron todas.—¡Ella, la conocida contraria de los católicos!

—Sí, señoras; ella, su conocida contraria. Pueden ustedes graduar los medios que para alcanzar este triunfo habrán puesto por obra aquellos *fanáticos*. Se habrán unido al intento todos los frailes, curas, canónigos, doctores y obispos; le habrán pintado su infierno con los pinceles de su Murillo; nos habrán mostrado á todos condenados, y, en una palabra, habrán asustado, aturrullado, confundido, turbado su clara razón, hasta llegar á dominarla con un

Crucifijo en las manos y el anatema en los labios.

—¡Qué escándalo!— exclamaron todas las socias á una voz.—¡El maldito proselitismo de los *papistas*!

—Señoras — dijo una joven echándose á reir:—¿y á qué estáis aquí reunidas, sino para propagar vuestras ideas por medio de lo que os place llamar *maldito proselitismo* cuando se aplica á las que no son vuestras? No seamos tan injustas, pues si lo somos, haremos patente que tenemos una gran dosis de tontería ú otra mayor de mala fe. Aquí hay libertad de cultos, y con medios clandestinos y poco honrosos nos entrometemos á destruir, calumniándola, su religión, y á imponerles subversivamente la nuestra por medio de misioneros disfrazados y de libros prohibidos por su Iglesia y por su Gobierno; y si alguno de nosotros va allí, y abraza sus creencias por considerarlas mejor y más adecuadas á su sentir, gritáis que es un escándalo.

—Miss Adelina—dijo, encendido el rostro de coraje, la presidenta, —me parece que si su madre de usted la oyese, la mandaría callar.

—¿Por qué?

—Porque choca usted con la opinión general.

—Si choco con ella, es porque es chocante, mistress Firefly—repuso miss Adelina,—sobre

todo cuando veo que recae hostilmente sobre la hermosa lady Virginia Arnim, que renunciando al mundo y á sus goces y á sus comodidades, y hasta á su caudal, ha empleado éste en fundar un establecimiento de beneficencia para enfermos desvalidos, á quienes cuida por sí misma, como las Hermanas de Caridad católicas, con admirable abnegación y celo. ¡Si la vierais como yo la vi cuando para consultar al doctor fué mi madre á aquel santo establecimiento! ¡Quién hubiera reconocido á la orgullosa lady Virginia en aquella humilde enfermera! ¡Aquel lujo tan fastuoso en el sencillo vestido de lana negro que la vestía! ¡Aquella arrogancia altiva en su humilde modestia!

—Todo eso es muy afectado y chocante— opinó la señora Firefly.

—Pues yo lo hallo muy sincero y edificante— contestó la joven.

Al día siguiente se reunieron la presidenta y principales socias en conciliábulo, y de él resultó la expulsión de miss Adelina de la Sociedad.

Miss Adelina comunicó al doctor lo referido, y éste le dijo:

—Tenga usted presente, miss Adelina, cuando oiga semejantes cosas en boca de enemigos tan encarnizados de nuestra santa religión, que dice Fitz-Williams que «el tránsito de la

Iglesia á una secta se hace generalmente por el camino de los vicios, y el de una secta á la Iglesia *siempre* por el de las virtudes». En cuanto á esas señoras, puede usted decirles, si vuelve á verlas, que no fueron frailes, curas, doctores, ni obispos, en liga y unión con el Crucifijo en la mano y el anatema en los labios, los que convencieron á lady Virginia, confundiéndola y *amedrentándola* como les place suponerlo, sino una sencilla y buena anciana del pueblo, *consolándola* y abriendo así su corazón á las santas virtudes Fe, Esperanza y Caridad, que en él tienen su asiento.

FIN DE LADY VIRGINIA

